

EL PADRE FOYACA DE LA CONCHA

Después de diez años de trabajos en Hispanoamérica, como delegado personal del padre Jansens, anterior general de la Compañía de Jesús, don Manuel Foyaca de la Concha, S. J., sociólogo eminente, ha regresado a Madrid, desde donde se propone continuar su labor, cara a América según deseos del padre Arrupe.

El padre Foyaca de la Concha nació en Cuba, de padres asturianos. A los nueve años comenzó a estudiar el Bachillerato en el Colegio de la Inmaculada, de Gijón. Filosofía, en Carrión de los Condes. Muy joven profesor en Valladolid. Estudios teológicos en un colegio improvisado en Portugal, durante la República. De regreso a España, trabaja en Galicia y en Valladolid. Es destinado a Cuba en 1940, como profesor de Historia de América y de Sociología en el Colegio de Belén, de La Habana. Allí divulga la doctrina social católica y pronuncia conferencias por toda la isla de Cuba, en parques y teatros.

En 1955, cuando las circunstancias de Hispanoamérica comenzaron a ser bastante graves, el entonces padre general de la Compañía, Jansens, consideró que era muy urgente que los jesuitas de toda América—unos tres mil—adquirieran una mentalidad social cristiana, suficientemente clara sobre los problemas de América y cómo habría que solucionarlos. El padre general de la Compañía designó a don Manuel Foyaca de la Concha, S. J., para realizar aquella campaña. La experiencia del ilustre sociólogo nos da, para empezar, su interpretación del problema de Hispanoamérica.

—Está ahora en una crisis de desarrollo, que va superando. Esa crisis se planteó al establecerse un desequilibrio entre su crecimiento económico y su explosión demográfica, que se agudizó al no distribuirse de un modo equitativo los bienes producidos. Se trata pues, de una crisis demográfica, social, que se convierte en política al adquirir las masas conciencia de sus derechos, estimuladas por propagandas justas o subversivas. De ahí la crisis política que atraviesa Iberoamérica.

—¿Cómo se trata de solucionar esa crisis?

—Se están dando los pasos para ello. La primera iniciativa a escala continental se tomó en 1958. Al proponer el presidente del Brasil Kubitschek la Operación Panamericana cuyas inspiraciones cristalizaron en el Acto de Bogotá en 1960. El segundo paso lo dio el presidente de los Estados Unidos Kennedy, al ofrecer su colaboración para el desarrollo de América en lo que llamó la Alianza para el Progreso.

Parece ser que esta Alianza (Alpro), no hizo sino recoger fundamentalmente las medidas del Acto de Bogotá. En la Carta de Punto del Este (1961) se acordó la cooperación de todos los países de la O. E. A. al desarrollo planificado de América; lo cual suponía ciertas reformas sociales básicas: agraria, fiscal, de educación, salubridad, etcétera.

—Estados Unidos se comprometió a aportar durante diez años mil millones de dólares anuales; a conseguir de las agencias internacionales y de países amigos otra aportación similar, quedando para los Gobiernos de América y sus capitales privados el completar la suma necesaria.

—¿Fue eficaz la gestión?

—Sus consecuencias prácticas no resultaron inmediatas. Surgieron incomprendiones en el Norte y en el Sur, y desde luego la propaganda comunista creyó ver en ella un obstáculo a sus planes subversivos. Por esto, al cabo de un año, se sometió la Alianza a una revisión, que fue encomendada a dos grandes figuras: el ex presidente de Colombia Lleras Camargo y el ya citado Kubitschek. Siguiendo sus consejos y debidamente modificada la Alianza para que fuera efectivamente un pacto multilateral, y no una negociación financiera de cada país con Washington, pronto dio sus frutos, aunque no en la medida que las circunstancias de América lo requerían.

El padre Foyaca de la Concha nos facilita unos datos elocuentes del éxito de la Alianza. Al cabo de cuatro años el Gobierno norteamericano había aportado cuatro mil quinientos millones de dólares; las agencias

internacionales, mil millones, y los países iberoamericanos, veinticuatro mil millones.

Surge el tema del desarrollo de Hispanoamérica relacionado con la importancia del precio de sus exportaciones

—Para calibrar la importancia extraordinaria que esto tiene basten algunos datos: de 1955 a 1963 el volumen de las exportaciones de los países de Hispanoamérica aumentó un 38 por 100; pero el poder de compra derivado de estas ventas creció sólo un 12 por 100, lo que representó una pérdida de diez mil millones de dólares con relación a los buenos precios anteriores. Y ello en unos años en que estos países necesitaron hasta 8.000 millones de préstamos e inversiones extranjeras, lo cual demuestra la vulnerabilidad de esta economía y cuánto importancia tiene el asegurar precios justos a sus exportaciones.

La Alianza para el Progreso resultaba, por tanto, insuficiente si no se aseguraba un mejor trato en el comercio internacional. Este fue el objetivo que llevaron todos los países hispanoamericanos a la Conferencia de Ginebra de 1964 formando un frente unido. Su actitud, al decir del padre Foyaca de la Concha, sirvió de ejemplo y acicate a los países del Tercer Mundo, integrando todos juntos el Bloque de los 77.

—¿Fue eficaz la gestión?

—No del todo, pues aparte intereses equitativos, siempre posibles, hay que comprender

la dificultad que lleva en sí la transformación de un comercio mundial en el que se enfrentan tantos intereses opuestos. Esto se entiende fácilmente si se tiene en cuenta la lentitud con que avanza el Mercado Común Europeo con sólo seis países. ¡Cuánto más difícil será armonizar los intereses de ciento veintitantas naciones!

Ante este resultado no del todo positivo, los economistas iberoamericanos que asistieron a Ginebra se convencieron de que la solución había que buscarla dentro del mismo continente integrando sus economías.

—En su población creciente podría encontrarse el gran mercado que exigían la industrialización y sus productos.

—¿Se han hecho gestiones prácticas para la integración económica de América?

—La idea la lanzó oficialmente el presidente de Chile, Eduardo Frei, en el mes de enero de 1965, técnicamente asesorado por las cuatro grandes figuras que orientan la economía de Hispanoamérica: Raúl Prebisch, secretario de la Conferencia Internacional de Comercio y Desarrollo de la O. N. U.; J. A. Mayobre, secretario de la Comisión Económica para América Latina, Sans de Santamaría, del Comité Ejecutivo de la Alianza, y Felipe Herrera, director del Banco Interamericano de Desarrollo. Se va, pues, a la formación de una Comunidad Económica Latinoamericana, que, armonizando eficazmente la planificación de desarrollo, la política de inversiones y la monetaria, así como facilitando la equivalencia de títulos y el empleo de técnicos, acelere el desarrollo integral de todos los países. En los cálculos se prevé la hora del despeque en unos quince años, contando para final de siglo con un nivel económico-social muy estimable.

Insiste mucho el padre Foyaca de la Concha en el tema de la reforma agraria en Hispanoamérica, por lo cual nosotros le preguntamos que si es realmente urgente.

—La reforma agraria es la más básica y fundamental exigida por este desarrollo. Hay que tener en cuenta que sólo una tercera parte de las tierras de Hispanoamérica está parcelada en fincas, que las aptas para el cultivo en una u otra forma aprovechables representan la cuarta parte del total del territorio.

—¿En qué proporción está cultivada la tierra en Hispanoamérica?

—Alcanza el 5 por 100 de las cultivables, cuando el promedio del mundo llega al 7 y en Estados Unidos al 18. Son, pues, grandes las posibilidades agrarias de América, pero no se aprovechan, con lo cual necesitan invertir grandes cantidades en la importación de alimentos. Un total aprovechamiento de la tierra debe ser punto de arranque del desarrollo.

—¿Estas tierras cultivadas ofrecen en la actualidad base social adecuada a los labradores?

—Tengo que decir que sólo el 20 por 100 de los campesinos son propietarios de la tierra que trabajan, quedando el 80 por 100 restante como asalariados, arrendatarios, etc., en situación un tanto precaria. Una reforma agraria que modifique el régimen de tenencia de tierras y ayude a utilizarlas mejor para la producción de alimentos y materias primas industriales es indispensable. Por eso la reforma agraria está en el programa de la mayor parte de los países de América.

El padre Foyaca de la Concha, S. J., ha salido de Madrid para recorrer la geografía española, desde donde seguirá colaborando activamente en la labor que dejó comenzada en Hispanoamérica.—Marino GOMEZ-SANTOS.

